

Fiesta del Bautismo del Señor 9 de Enero de 2011

“Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto”

Con la fiesta del bautismo del Señor terminamos las celebraciones de Navidad. Hemos actualizado la Buena Noticia: nos ha nacido un Salvador. Noticia anunciada por los ángeles a los pastores. Comunicada, por una estrella, a unos Magos de Oriente que se pone en camino buscando al Rey de los judíos. Ahora, en el Jordán, donde Juan bautizaba, es el Padre, mientras el Espíritu se posa sobre Jesús, y se abren los cielos, quien subraya los anteriores anuncios: “Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto”.

Las lecturas bíblicas de la fiesta muestran varios testimonios sobre Cristo. Isaías describe los rasgos y el programa de acción del Siervo elegido del Señor: manso, paciente, fiel y tenaz en la obra de la justicia; él es alianza de un pueblo, luz de las naciones, y liberador de cuantos sufren. San Pedro, en la segunda lectura, presenta a Jesús de Nazaret como el Ungido de Dios con la fuerza del Espíritu; y resume su acción mesiánica al decir: “pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Act 10, 38). En el Evangelio se da el mayor testimonio sobre Jesús por parte del Bautista, el Espíritu Santo y el Padre. Es el máximo aval que testimonia la identificación mesiánica de Jesús como Hijo de Dios y de su misión salvífica.

El Salvador que nos ha nacido ofrece la gran fuerza salvadora: la experiencia de Dios que Jesús lo vive y lo siente como Padre. Jesús habla constantemente del Reino de Dios, pero nunca invoca a Dios como Rey, sino como Padre (Abbá), confiándose al misterio de Dios como un hijo querido.

La primera actitud cristiana ante Dios es saberse y sentirse hijo de Dios. Dios nos presenta a Jesús como un Hijo amado. Experiencia que no es exclusiva de Jesús, porque ese Padre es el Dios de todos los pueblos, el Padre cariñoso de todas las criaturas. Cuando los apóstoles le piden a Jesús que les enseñe cómo dirigirse a Dios, nos descubre esa paternidad universal: “Vosotros rezad así: Padre nuestro del cielo” (Mt 6, 9). El Padre del cielo no está ligado a un lugar sagrado, no pertenece a un pueblo concreto, ni cabe en ninguna religión, es de todos incluso de quienes lo olvidan y niegan, porque El “hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre justos e injustos” (Mt 5,45).

Dios manifiesta a Jesús como su Hijo predilecto no en el pesebre de Belén, ni en la casa de Nazaret, sino junto a los que esperaban en el Jordán ser bautizados por Juan reconociendo sus pecados. Jesús en medio de los pecadores porque “ha venido a buscar lo que estaba perdido y a salvarlo” (Lc 19, 10). Esta solidaridad de

Dios con todos los hombres, sin distinción alguna, es el cimiento más sólido que podemos concebir a la solidaridad y fraternidad entre las personas, y la esperanza de una vida más feliz y humana. En esta escena del bautismo queda marcado el estilo de la vida de Jesús, que entrando en el agua del Jordán, comienza la liberación del mal y del pecado para todos los que quieran seguirle. Camino de fidelidad a todos porque es fidelidad a Dios.

Ser cristiano no es simplemente creer que Dios existe y que Jesús es el Hijo de Dios, sino tener la experiencia de que Dios me ama incondicionalmente, tal como soy antes de que cambie. Esta experiencia es obra del Espíritu ya que "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom 5,5). Espíritu que recibimos el día de nuestro bautismo, puesto que nacimos a la vida nueva del agua y del Espíritu (cfr. Jn 3, 6).

En el bautismo nuestros padres nos posibilitaron la vida en Dios, somos hijos de Dios, y recibimos un nombre: cristiano, seguidor de Cristo. Todo esto nos identifica libre y gozosamente; y no es una carga impuesta, sino don y oferta de gracia fruto de un amor grande que nos precedió: el de nuestros padres y el de Dios. Realidad que ha de ser ratificada personalmente para asumir la responsabilidad de ser cristiano. Las palabras que escuchó Jesús las podemos escuchar también nosotros: "Tú eres para mí un hijo amado, una hija amada", y así podremos afrontar la vida como un regalo que hemos de cuidar con gozo y agradecimiento.

Joaquin Obando Carvajal.